

Manuel Álvarez Tardío
y Fernando del Rey (dirs.)

Vidas truncadas

Historias de violencia en la España de 1936



MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO
Y FERNANDO DEL REY (DIRS.)

Vidas truncadas

Historias de violencia
en la España de 1936

José Luis Ledesma Vera
Roberto Muñoz Bolaños
José-Antonio Parejo Fernández
Sandra Souto Kustrín
Nigel Townson
Sergio Vaquero Martínez

Galaxia Gutenberg



Este libro está financiado por: Ministerio de Ciencia e Innovación-Agencia Estatal de Investigación y FEDER. Proyecto con referencia HAR2015-65115-P (MINECO/FEDER)

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2021

© Fernando del Rey y Manuel Álvarez Tardío, 2021
© de los textos: sus autores, 2021
De las imágenes de las págs. 159 (inf.), 196, 197 y 482:
© Alfonso, Carlos Sáenz de Tejada, VEGAP, Barcelona, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 160-2021
ISBN: 978-84-18526-19-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Abreviaturas y acrónimos	7
Introducción	11
1. DE VECINOS A ENEMIGOS	27
Años de orden	27
Nunca podremos olvidar	31
Un choque esperado	38
Huelga, detenciones y hogueras	42
Celebraciones de mayo	51
Desobediencia militar	58
En poder de «las fuerzas leales»	64
Cuentas pendientes	68
2. MÁRTIRES DEL DEBER	81
El sacrificio del agente de Investigación	85
¡Al Congreso! ¡Al Congreso!	97
Del motín al magnicidio	115
Dos entierros, dos policías, dos bandos	135
3. MORIR VITOREANDO A ESPAÑA	147
Fracaso en Madrid	147
Dos <i>africanistas</i> muy diferentes	160
Incómodos en la República	170
Fuera de juego	182
Enfrentados en el tribunal	188
4. CRUZAR EL RUBICÓN POR EL EBRO	199
El desbordamiento	203
¿Balsa de aceite?	218

Un capitán y varios piratas	228
Cuando el río suena...	246
Un represar interminable	254
5. ANATOMÍA DE UN RADICAL	259
Un joven bolchevique que se hizo socialista	260
Agitador profesional	268
El oportunista	275
Cambio de amigos	289
El zorro, guardián del gallinero	301
Abjurando de su pasado	315
El final	327
6. «CAYÓ EN MADRID MIRANDO A ROMA»	329
Sin libertad no hay patria	329
Comprometido con Octubre.	333
Comandante de batallón	348
Un «mártir de la juventud».	352
Entre la memoria y la Historia	363
7. BAJO EL SIGNO DE LA REVOLUCIÓN.	369
La ambición de un adolescente	370
En prisión.	386
Juicio I	390
Clandestinidad	397
Juicio II	400
Veredicto y ejecución	403
¿Culpable de todos los cargos?	406
8. CAPTURA Y MUERTE DE UN LÍDER AGRARIO.	421
Patrón de patronos.	421
Diputado en Cortes	431
La quiebra del terruño	441
El golpe y la violencia en la calle.	454
De Madrid al cementerio	470
Epílogo	487
Fuentes y bibliografía	495
Notas	517

Abreviaturas y acrónimos

(a): alias

AABI: Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales

AARD: Archivo Amaro Rosal Díaz

AASM: Archivo Agrupación Socialista de Madrid

AC: Acción Católica

ADGGC: Archivo de la Dirección General de la Guardia Civil

AGA: Archivo General de la Administración

AGHD: Archivo General Histórico de la Defensa

AGMA: Archivo General Militar de Ávila

AGMS: Archivo General Militar de Segovia

AGMI: Archivo General del Ministerio del Interior

AH: Archivo Histórico (Fundación Pablo Iglesias)

AHFAM-FAMM: Archivo Histórico Fundación Antonio Maura,
Fondo Antonio Maura Montaner

AHMAH: Archivo Histórico Municipal de Alcalá de Henares

AHN: Archivo Histórico Nacional

AHPCR: Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real

AHPZ: Archivo Histórico Provincial de Zaragoza

AHTMS: Archivo Histórico Territorial Militar de Sevilla

AJA: Alianza Juvenil Antifascista

AJTMZ: Archivo del Juzgado Togado Militar 32 de Zaragoza

AMC: Archivo Municipal de Caspe

AMLS: Archivo Municipal de La Solana

AMTL: Archivo Manuel Tagüeña Lacorte

AP: Acción Popular

AS: Archivo Sanjurjo

AUN-FFC: Archivo de la Universidad de Navarra, Fondo Fal Conde

carp.: carpeta

CDMH: Centro Documental de la Memoria Histórica
CEDA: Confederación Española de Derechas Autónomas
CEPA: Confederación Española Patronal Agrícola
CG: Causa General
CMMF: Colección Mariano Mayordomo Fernández
CNT: Confederación Nacional del Trabajo
CPIP: Comité Provincial de Investigación Pública
DGS: Dirección General de Seguridad
DSC: Diario de Sesiones de las Cortes
exp.: expediente
f.: folio
FAI: Federación Anarquista Ibérica
ff.: folios
FC: Fondos Contemporáneos
FE: Falange Española
FETTE: Federación Española de Trabajadores de la Tierra
FJS: Federación de Juventudes Socialistas
FPI: Fundación Pablo Iglesias
FUE: Federación Universitaria Escolar
IISG: Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis (Ámsterdam)
IJC: Internacional Juvenil Comunista
IJS: Internacional Juvenil Socialista
IOS: Internacional Obrera Socialista
IR: Izquierda Republicana
JAP: Juventudes de Acción Popular
JONS: Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista
JSU: Juventudes Socialistas Unificadas
l: libro
leg.: legajo
LSD: Libro de Salida de Documentos
LED: Libro de Entrada de Documentos
MAOC: Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas
NA/FO: National Archives/Foreign Office (Londres)
PAE: Partido Agrario Español
PCE: Partido Comunista de España
PCI: Partido Comunista Italiano

PRR: Partido Republicano Radical
PSI: Partido Socialista Italiano
PSOE: Partido Socialista Obrero Español
RE: Renovación Española
SDPC: Sesiones de la Diputación Permanente de Cortes
sig.: signatura
SIM: Servicio de Información Militar
TERMC: Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el
Comunismo
UGT: Unión General de Trabajadores
UJCE: Unión de Juventudes Comunistas de España
UME: Unión Militar Española
UMRA: Unión Militar Republicana Antifascista
UNFC: Unión Nacional de Funcionarios Civiles
UR: Unión Republicana

Introducción

Manuel Álvarez Tardío y Fernando del Rey

A mediados de mayo de 1936 un nuevo gobierno de la izquierda republicana se hizo cargo de la dirección del país. Semanas antes las Cortes habían votado la destitución del presidente de la República española, Niceto Alcalá-Zamora, y, tras un período de interinidad con el presidente de las Cortes al frente, Manuel Azaña fue elegido para la más alta magistratura del Estado. Atrás quedaban ya las elecciones generales de febrero, aunque la vuelta al poder de la izquierda republicana había sido todo menos calmada.

Las sesiones parlamentarias reflejaban bien una confrontación partidista cuya intensidad no dejaba de crecer. A la vista de una censura que mantenía controlada la prensa y la radio, especialmente en las grandes ciudades y en buena parte de las capitales de provincia, las Cortes eran un oasis donde fluía sin cortapisas la libertad de opinión. Claro que aquél no era un contexto donde se desarrollaba sin más el debate político propio de un sistema democrático. Las opiniones no sólo iban cargadas de hechos y razones, mejor o peor fundados, más o menos exagerados, también abundaban las amenazas y las descalificaciones. La Cámara desvelaba una intensidad, e incluso agresividad, tanto retórica como física, que permitía a las derechas y al centro sortear los esfuerzos de Gobernación para impedir, censura mediante, que la opinión conociera los detalles y el alcance de los numerosos conflictos que estaban enrareciendo la política nacional y minando el pluralismo político. La percepción de una supuesta e irremediable división del país en dos bandos radicalmente enfrentados crecía a ojos de muchos ciudadanos de a pie sin que las autoridades, especialmente las locales, parecieran firmemente dispuestas a impedirlo. Y aun cuando eso no podía ocultar las señales de que la política nacional, pese a los discursos de odio y los

enfrentamientos violentos, no sólo no se polarizaba sino que se fragmentaba: el pacto del Frente Popular estaba rompiéndose en muchos ámbitos locales; los conflictos, a veces violentos, entre sectores sindicales de las izquierdas eran un hecho indiscutible, por ejemplo en Málaga y en Madrid; por no hablar de la profunda división interna de los cuadros dirigentes del Partido Socialista o las diferencias más que notables dentro de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), el partido mayoritario en la derecha católica, sobre la estrategia a seguir en el nuevo contexto postelectoral.

No obstante, y por paradójico que parezca, la imagen creada por el sistema electoral, según la cual España estaba perfectamente dividida en dos bloques enfrentados en un juego de suma cero, cuya convivencia se hacía cada vez más y más difícil, no se atemperaba. Quienes mantenían las posiciones más extremas apelaban a una lógica binaria que avanzaba en la política parlamentaria con igual intensidad que en muchas calles del país: revolución o contrarrevolución, fascismo o República, marxismo o antimarxismo, España o antiEspaña. La radicalización era en parte un instrumento de la propaganda, el fruto de la retórica sostenida por los sectores extremistas interesados en despeñar al país por el camino de una violencia insoslayable. Pero era también el resultado de un duro día a día, del grave deterioro de la convivencia política a nivel local, algo que se podía palpar en cientos y cientos de pueblos y ciudades en los que se achicaban drásticamente los espacios de libertad para los perdedores de febrero.

En esa situación, algunos pronosticaban un futuro cercano cargado de violencia, donde sólo quedaría espacio para uno de los dos bandos. Otros, sin embargo, confiaban en que la «recuperación» de la República, si bien había despertado venganzas y excesos, éstos remitirían con el tiempo y aquella se acabaría imponiendo a medida que el programa del Frente Popular se fuera cumpliendo y las masas dieran rienda suelta a sus anhelos emancipadores. Y unos pocos, con más buena voluntad que capacidad de influir en las relaciones entre el Gobierno, los socialistas y la oposición conservadora, se esforzaban por llamar al entendimiento y la moderación. Mientras, el Ejecutivo navegaba por aguas turbulentas que sabía que lo desgastaban. Atrapado en la disyuntiva entre mante-

ner la seguridad jurídica y enfrentarse al desafío al Estado de derecho planteado por sus socios de la izquierda obrera, era cada vez más consciente de sus limitaciones y de las inquietantes consecuencias del comportamiento arbitrario de miles de responsables políticos locales. Por no hablar de las contradicciones que acechaban a un rumbo político en el que se predicaba la libertad y los derechos democráticos, pero que no se acompañaba de medidas drásticas para asegurar que se cumplieran por igual por todos los españoles con independencia de su significado político.

Nada de esto prejuzgaba un final determinado. La partida de la consolidación de una democracia republicana frágil seguía jugándose, aunque en condiciones más sombrías de lo esperado y con varios sectores, a izquierda y derecha, deseando que llegara la oportunidad para suprimir la competencia para siempre. Al fin y al cabo, algunos de los jugadores se habían travestido de árbitros y no había, siempre y en todo lugar, garantías de que las reglas se cumplieran lo más imparcialmente posible. Desde la perspectiva de los perdedores de febrero, la situación se deterioraba rápidamente, con graves consecuencias que experimentaban muy de cerca y que afectaban plenamente a su desempeño político en el ámbito local y provincial, pero también a su vida civil, a sus actividades económicas y laborales, a las relaciones con sus vecinos y a la situación de sus familias. Para los ganadores, sin embargo, se vivían días de euforia y cambio profundo que, al menos para algunos, permitirían que la victoria del Frente Popular fuera irreversible y que nunca más volviera a «perderse» la República. Porque, como no se cansaban de repetir en los mítines Largo Caballero u otros líderes obreristas, las derechas nunca volverían a recuperar el poder ni a ejercer responsabilidades de gobierno. No obstante, también estas últimas eran conscientes de que la aceleración de los acontecimientos podía conducir a lugares no deseados.

Pero, ¿quiénes eran esos ganadores y perdedores? Porque lo que habitualmente se llaman las izquierdas y las derechas, más allá de las siglas y de las organizaciones partidistas, se nutrían de individuos concretos. Los dirigentes locales y provinciales, los afiliados y los simpatizantes, los sindicalistas y los patronos, los muy activos líderes y militantes juveniles, todos tenían nombres y apellidos, pa-

dres y familias, ocupaciones profesionales, creencias, simpatías y animadversiones políticas, y hasta una idea, por simple que fuera, del bien y del mal. Tenían también vecinos y paisanos con los que relacionarse, un entorno cercano en el que crecer, manteniendo o cambiando su propio destino, aceptando o rechazando las tradiciones y las instituciones que se habían encontrado. No eran piezas de ningún engranaje o identidad colectiva que los mantuviera presos, sujetos a un corsé de hierro, aunque no fueran ajenos a la educación que habían recibido y a las pautas de comportamiento que replicaban o modificaban. No actuaban siguiendo un manual de instrucciones ni respondían mecánicamente a los dictados de una fuerza motriz externa. Habían nacido en un contexto familiar, social e institucional concreto, pero no estaban determinados por un futuro escrito de antemano. Dentro de muchos y variados límites, pero podían ejercer una autonomía responsable que les enfrentaba a consecuencias diversas, a éxitos y fracasos, a la felicidad o la desgracia, o, simplemente, a una natural, cambiante e imprevisible mezcla de todas ellas.

La historia de la vida política española durante el año de 1936 no es sólo la de una confrontación de partidos o ideologías más o menos homogéneos y estructurados. Es también algo que no siempre se ha tenido suficientemente en cuenta: una historia de individuos y vivencias personales ricas en matices y contradicciones. De eso se ocupa este libro, de personas, lugares y experiencias concretas. Porque hubo protagonistas en aquella evolución compleja en la que la tensión y la violencia extrema arrinconaron progresivamente la discrepancia ordenada y el conflicto regulado, hasta lograr que algunos –pocos, pero movilizados e influyentes– tomaran decisiones que precipitaron una guerra civil de la que pocos pudieron o quisieron escapar.

Los ganadores y los perdedores de febrero, los protagonistas de la primavera, los mismos que serían testigos durante la segunda parte del año de la extrema dureza y la miseria moral de una guerra entre vecinos, tenían nombres y apellidos. De ellos se habla en los capítulos de este libro, que trascienden las etiquetas y las generalizaciones para narrar las vidas y las circunstancias particulares en que los españoles pasaron de unas reñidas y polémicas elecciones a

un repentino vuelco en el poder y, más tarde, a un deterioro brutal de la convivencia democrática, un golpe de Estado fracasado y finalmente a una guerra, con la experiencia desconocida y desoladora de una confrontación sangrienta que enfrentó a vecinos y viejos adversarios también en las retaguardias.

Sí, nombres y apellidos que no siempre han tenido el protagonismo que merecían en el análisis del período, pero que resultan cruciales para analizar y comprender cómo evolucionó y hasta qué punto cambió la violencia política antes y después del golpe de Estado del 17 de julio y del comienzo de la guerra. Porque quienes denunciaban «el estado caótico y completa anarquía» después de las elecciones de febrero no eran sujetos anónimos que se movieran por simples percepciones que manipulaban sin más la realidad para crear un ambiente que allanara el camino a las conspiraciones golpistas, como tantas veces se ha repetido. Así lo hizo, por ejemplo, con esas mismas palabras entrecomilladas, Maximino Gómez, el presidente local del Partido Agrario de Zafra, en Badajoz, en una misiva enviada el 2 de mayo de 1936 a los señores José Martínez de Velasco y José María Cid, máximos responsables de su partido en la capital de la República. «Nos encontramos», les decía, en una «situación» similar en «la mayoría de los pueblos, por no decir todos, de esta desgraciada provincia». Se quejaba de graves perjuicios, todos ellos parecidos a los que esgrimían a lo largo y ancho de todo el país otros muchos como él: conservadores, liberales, republicanos del grupo de Alejandro Lerroux, e incluso republicanos de Unión Republicana y, por supuesto, algunos falangistas, que estaban escribiendo esos días a sus jefes nacionales y diputados para que trasladaran sus quejas a las Cortes o al ministro de la Gobernación. Maximino Gómez denunciaba la imposibilidad de «ejercer el derecho al sufragio» durante las elecciones a compromisarios para la elección del nuevo presidente de la República, por la existencia de agresiones realizadas con total impunidad por sus adversarios, «con el beneplácito de las autoridades» locales y con los guardias de Asalto asistiendo a las mismas como «meros observadores». Esgrimía también algo muy habitual esos días entre los lamentos de conservadores y liberales: las «rondas volantes nocturnas integradas por la juventud comunista y socialista en número de 10 a 12»,

que «apalean al elemento de derecha que sale de su casa», incluso con «agresiones en pleno día», sin que el alcalde de turno hiciera otra cosa que «lamentar el incidente».¹

También tenían nombre y apellidos otros muchos simpatizantes, afiliados o cargos de la CEDA que escribieron a sus diputados en esas semanas con quejas parecidas o incluso más graves, por cuanto casi siempre se lamentaban de detenciones gubernativas arbitrarias y clausuras de sus locales, cuando no asaltos violentos a los mismos o la imposibilidad de continuar representando a sus electores en los plenos municipales. Como escribía el 7 de mayo un tal A. Barrio del Peral, militar retirado integrante de Acción Popular (AP) y residente en Cartagena, al diputado cedista Federico Salmón: «Aquí continúa clausurado todavía el local de AP».² Y lo estaba desde hacía más de un mes; como estaban también encarcelados, o lo habían estado por varios días, compañeros del partido. En el conjunto de España se contaron por miles los derechistas que, siquiera durante unas horas o días, pasaron por las prisiones durante aquellos meses sin motivos legalmente justificados, como demostraba su rápida puesta en libertad por orden judicial en la mayor parte de los casos.

Pero los nombres y apellidos no eran sólo los de quienes transmitían los miedos y los lamentos de las filas conservadoras y liberales, por más que los testimonios de éstos, en el papel de víctimas en aquel contexto, fueran los más abundantes y los que, frecuentemente, aportaban datos concretos de las personas implicadas en sus relatos. También se pueden identificar los de afiliados o simpatizantes de los partidos obreros que, aunque con una perspectiva bien diferente a los anteriores, coincidían en reflejar una situación bastante anormal. Los socialistas de la localidad murciana de Albudeite escribían a primeros de junio al diputado de su partido, Amancio Muñoz –aunque lo era por Badajoz y no por Murcia–, protestando por las «injusticias» cometidas contra «la clase trabajadora» cuyo inductor era, según ellos, «un monterilla apodado el Cananeo». Pero, sobre todo, denunciaban la existencia de una «guardia cívica fascista» que «recientemente» había detenido a un «obrero que ha sido objeto de malos tratos en los calabozos en los que estuvo encerrado».³

Resulta tentador establecer una conexión causal unidireccional entre el aumento de la tensión interpartidista, los graves problemas de orden público, las represalias violentas durante esos meses de la primavera de 1936 y el desarrollo de los acontecimientos posteriores. Ésta fue, a veces, la posición fijada después por quienes vivieron la tragedia colectiva de la guerra. Sería deshonesto restar importancia a los argumentos que, en ese sentido, pudieron esgrimir aquellos, hubieran estado en uno u otro bando. Simplemente porque, desposeyendo a la guerra de unas causas previas, estaríamos privándola de un sentido histórico. Como piqueta intelectual puede resultar entretenida, pero el 17 de julio de 1936 no empezó un tiempo nuevo desde el vacío, por más que el golpe de Estado y la gestión gubernamental de su fracaso fueran determinantes para el estallido de la guerra. Todo cambió en pocas horas, entre la tarde del 17 y el 21 de julio, y lo hizo de forma radical, ciertamente. Pero ni el pasado reciente desapareció ni los protagonistas surgieron de la nada. Hubo un levantamiento militar con apoyos civiles que fracasó parcialmente y que fue seguido por una respuesta extraordinaria del Estado republicano, que optó por armar a las milicias de partidos y sindicatos para defenderse. Todo esto cambió de repente tanto los comportamientos individuales como las relaciones entre los ciudadanos y las autoridades; y lo hizo con consecuencias imprevisibles, propias de un estado de guerra. Pero no empezó sin más un tiempo nuevo; simplemente porque los protagonistas seguían siendo los mismos y cada cual llevaba su propia experiencia sobre sus espaldas. Aunque la guerra instaló precipitada y desordenadamente una nueva lógica binaria y amplificó la violencia hasta cotas inimaginables, la línea que marcaba las diferencias entre amigos y enemigos había sido trazada de antemano, al menos en los rasgos y las etiquetas que luego resultarían decisivas. Las razones, las pasiones y los odios que alimentaron esa lógica no habían surgido de repente, aunque el imperativo de amigo/enemigo propio de la guerra resultara brutalmente crucial. Eran el fruto de una pausada y peligrosa acumulación previa que en ese momento permitía dar rienda suelta a los comportamientos hasta entonces más o menos pautados por la razón del poder público y la legalidad.

Nada de lo que pasó antes del 17 de julio provocó por sí solo una guerra civil; por la simple razón de que la historia no responde a una secuencia lógica de acontecimientos causales previsibles. Pero lo mismo podría decirse en un sentido contrario: nada de lo que pasó en los meses previos al 17 de julio fue ajeno al hecho de que hubiera un golpe de Estado, una respuesta fracasada de las autoridades vigentes y una guerra civil. Porque las armas no habían sido cargadas unas horas antes de que algunos españoles se lanzaran a quitarse la vida entre ellos. Las etiquetas que los identificaban y las pasiones y convicciones que los hacían moverse con determinación represiva y sangrienta venían de atrás. Y aunque resulta difícil saber cuántos y cómo lo hicieron, no hay duda de que algunas minorías se habían armado de antemano y estaban dispuestas a disputar una guerra para conseguir por esa vía lo que el marco de un pluralismo constitucionalizado no hacía posible, esto es, una España uniforme.

El propósito de este libro no es contar «los orígenes de la guerra civil» en sentido clásico, sino narrar desde abajo, identificando algunos de los protagonistas y sus lugares de residencia, cómo se transitó desde un período tan apasionante y convulso como el de la primavera de 1936 hasta otro de guerra abierta en el verano y el otoño de ese mismo año. No queremos explicar la violencia de la guerra apelando a una explicación simple de lo que pasó en los meses previos. Queremos mostrar, siguiendo a algunos protagonistas, qué continuidades y qué rupturas se produjeron en diversas situaciones. Y nuestra perspectiva es la de la microhistoria. Es, por tanto, una perspectiva inductiva, en tanto que pretende extraer enseñanzas que nos aproximen a algunas conclusiones generales a partir de la observación de hechos o casos particulares. Tal enfoque cuenta ya con una trayectoria solvente desde que, amén de otros pioneros, un puñado de historiadores modernistas italianos de los años setenta, saturados por el marxismo o el estructuralismo de la Escuela de los Annales, apostaron por los individuos de carne y hueso en sus indagaciones en el pasado. Personas muchas veces anónimas, por las que los historiadores habían pasado de largo, cuyas vidas podían aportar muchas claves para la comprensión de su época o sus sociedades.⁴

La microhistoria nos acerca a las vivencias de individuos concretos. Es lo que se ha pretendido aquí al aproximarnos a la historia de los años treinta en España a través de personas y universos pequeños que consideramos relevantes, aunque no alcanzaran una significación de vanguardia en la vida pública de aquel tiempo. A través del análisis de esas trayectorias desarrolladas en sus espacios vitales particulares, nos preguntamos sobre las continuidades y discontinuidades entre las secuencias violentas anteriores al golpe de Estado del 17 de julio y las que se desarrollaron inmediatamente después, tras su fracaso y el estallido de la guerra. Estamos convencidos de que la violencia desempeñó un papel crucial contra el adversario político una vez que comenzó la guerra. Pero también consideramos, a su vez, que esa violencia se alimentó en gran medida de las experiencias desarrolladas antes de que se materializase el conflicto bélico, durante la primavera de 1936, por supuesto, pero incluso más atrás, a lo largo de las distintas líneas de fractura que se fueron planteando cuando menos desde 1931 y especialmente a partir de la insurrección revolucionaria de octubre de 1934.

Como en toda Europa durante el período de entreguerras, la violencia constituyó una dimensión fundamental para la comprensión de la política en el proceso de construcción de la democracia republicana española. A estas alturas, con el nivel de conocimientos adquiridos gracias al denodado esfuerzo de los investigadores en los últimos lustros, resulta difícil no asumir que la violencia política, en sus distintas manifestaciones (las insurrecciones anarquistas, el golpe del general Sanjurjo en agosto de 1932, la revolución socialista y nacionalista de octubre de 1934, el pistolerismo falangista, las insurrecciones agrarias, las huelgas, el pistolerismo sindical, las numerosas agresiones durante las campañas electorales, los atentados...), tuvo una presencia pública muy acusada a lo largo de toda la República. Esa realidad, conviene insistir en ello, no determinó necesariamente el estallido de la guerra civil en el verano de 1936, pero sin duda alimentó las tensiones, procesos, decisiones y desencuentros que condujeron a ese estallido. Por tanto, las raíces de la violencia desplegada a lo largo de la guerra eran profundas y trascendían el mero hecho del golpe militar y la respuesta que se le dio. Esa violencia cristalizó a

partir de causas de hondo calado, sin duda, que se remontaban mucho más allá de la proclamación de la República. Pero, sobre todo, fueron factores coyunturales los que la explicaron. Factores que conectaban con la cultura política de las personas implicadas, sus opciones ideológicas conscientes, sus posiciones intransigentes y las experiencias de enfrentamiento que habían protagonizado a lo largo de los años previos al estallido de la guerra.

Es importante insistir en que España no fue un país excepcional en este sentido, aunque su historia fuera, en muchos extremos, diferente a la de sus vecinos, incluso a algunos cercanos. La violencia política que se desarrolló antes y durante la guerra civil fue la expresión de problemas, tensiones ideológicas y desencuentros políticos extremos que, con desigual intensidad pero parecidos fundamentos, proliferaron a lo largo y ancho de toda Europa durante los años veinte y treinta. Todas esas dimensiones guardaron relación con la herencia y los conflictos no resueltos tras la experiencia de la Primera Guerra Mundial (litigios fronterizos, tensiones nacionalistas, indemnizaciones de guerra...); con el desafío de una democratización frustrada en la mayor parte de los países tras esa primavera de libertades que pareció alumbrar la Paz de París de 1919; con la larga sombra de la Revolución bolchevique y de la Tercera Internacional tras el triunfo de la dictadura de Lenin en Rusia, y con la irrupción de los fascismos y la proliferación de dictaduras militares autoritarias de signo conservador en la Europa mediterránea y oriental. El denominador común a todo ello vino dado por la crisis del parlamentarismo y el retroceso de los valores liberales y pluralistas, con el consiguiente derrumbe de los regímenes representativos por todo el continente.

En definitiva, en España se vivió un proceso parecido, aunque con tiempos a veces diferentes y particularidades indiscutibles, en el que la democratización se reveló profundamente frágil porque, entre otros factores, los partidarios de utilizar el poder de las mayorías electorales como coartada para aplastar a las minorías y socavar el pluralismo fueron muy persistentes. Fue un proceso engañoso, en el que a veces las etiquetas de fascista o antifascista, revolucionario o contrarrevolucionario, impedían apreciar el profundo debilitamiento de los valores liberales sin los que no puede funcionar

ninguna democracia constitucional. Un proceso en el que se socavó la democracia desde dentro, construyendo voluntades mayoritarias irresistibles y todopoderosas que negaban el pluralismo en nombre de banderas ideológicas diversas y atractivas promesas populistas. Un proceso, sin duda, en el que la violencia política tuvo un papel protagonista, no porque hiciera imposible la consolidación de la democracia, pero sí porque achicaba el espacio de los moderados y promovía una imagen deformada pero peligrosa de una polarización supuestamente irreversible.

El libro está integrado por ocho estudios basados de forma exhaustiva en fuentes de primera mano. Con independencia de que cada capítulo se ajuste a la libertad expositiva de su respectivo autor, todos tienen en común la adopción de una perspectiva individual y desde abajo en la que se prioriza la atención sobre las acciones y vivencias de personas concretas, más o menos relevantes en la escena pública o completamente anónimas, pero todas ellas útiles para el desentrañamiento de tramas biográficas y colectivas por definición complejas. Así, con tales presupuestos metodológicos, es como el primer capítulo se adentra en un escenario local concreto, la Alcalá de Henares de la década de los treinta, entonces una agrovilla –próxima a Madrid– arquetipo de muchos poblachones castellanos de su tiempo. Nada que ver con la ciudad de casi 200.000 habitantes que es en la actualidad. Poco más que un pueblo grande, ciertamente, pero que se vio sujeto a una agitada tensión política en la primavera de 1936 en virtud de la intensa movilización de la izquierda obrera, el cerco al que se vieron sometidos los sectores conservadores y la presencia de una importante guarnición militar en la localidad. Tanta fue la tensión acumulada en esos meses que este caso estuvo a punto de desestabilizar al Gobierno de Santiago Casares Quiroga a mediados de mayo de 1936, al tiempo que nutrió el sentimiento de descontento e indefensión crecientes en los medios castrenses.

Muy desestabilizadora y por completo anómala resultó también, sin duda, la intensa politización experimentada por los medios policiales durante aquellos meses previos a la guerra. La Policía gubernativa, como las fuerzas de seguridad en general, también se vieron directamente salpicadas por la imparable violencia y con-

flictividad vislumbradas por tantos pueblos y ciudades españolas en aquel período crucial. Aquí la mirada se ha focalizado en un escenario concreto, el de la capital, Madrid, corazón del Estado republicano especialmente golpeado por los enfrentamientos violentos, el pistolero de distinto signo y la protesta social, con lo que ello tuvo de efectos negativos para la imagen del Gobierno y las mismas fuerzas de orden público, minadas y debilitadas no sólo por los sucesos de la calle sino por acusadas tensiones internas. Tal secuencia se analiza en el capítulo segundo del libro.

Bien es verdad que nada estuvo predeterminado de antemano ni aquel clima enrarecido de los meses previos había de desembocar necesariamente en una guerra civil. Pese a lo cual, resultaba obligado echar una mirada a los artífices de la conspiración dirigida a tumbar al Gobierno, que luego desembocó en el golpe de Estado frustrado que abrió las puertas de par en par a la guerra civil. A ello va dedicado el tercer capítulo, que ojea las trayectorias de dos de los principales partícipes en las tramas golpistas de aquella primavera, los generales Joaquín Fanjul Goñi y Rafael Villegas Montesinos. Estos personajes, principales responsables de la sublevación en Madrid, nos aparecen aquí llenos de dudas y contradicciones, cuando no corroídos por la cobardía y el miedo a sufrir las consecuencias del posible fracaso de su opción insurreccional.

Más allá de las grandes ciudades, la violencia de 1936 transitó también por cauces y meandros rurales, con los alineamientos singulares de cada lugar. En el capítulo cuarto se estudia la localidad de Caspe, capital del Consejo de Aragón y escenario de una de las más brutales explosiones de violencia en aquel mes de julio. Este ejemplo ilustra bien que el parteaguas de la sublevación estuvo condicionado asimismo por factores locales y regionales, como el alcance de la fractura social y la atomización política de los años treinta. Pero también por la multiplicación de grupos armados que trajo consigo el golpe militar, los equilibrios entre actores locales y venidos de fuera, y los perfiles y actuaciones concretas de cada uno de ellos. Tampoco nada estuvo escrito aquí de antemano ni vino determinado únicamente por consignas llegadas de Madrid, Barcelona o Zaragoza. La vida comunitaria se vio cuarteada por múltiples fisuras: el asesinato un año antes de un exalcalde

republicano, la ingesta de ponche y coñac de un capitán de la Guardia Civil en el momento indebido, el retraso de la llegada de una columna militar zaragozana, los ánimos de vindicta de un padre que lloraba a su hija y los milicianos castigados por un asedio de día y medio bajo un sol de justicia. Todo eso, que no era mera escenografía, conforma el puzle de esta historia que aún sigue apasionándonos, tal vez precisamente porque faltan piezas para completar el rompecabezas.

Muy gráfica, atractiva y contradictoria resulta la aproximación biográfica que se plasma en el capítulo quinto sobre una figura tan controvertida como Agapito García Atadell, ese joven bolchevique de factura temprana que acabó desembocando en las filas del Partido Socialista, donde durante varios años ejerció, en su papel de político profesional, de agitador sindicalista y agente electoral. Para después, llegada la guerra, convertirse en un responsable destacado de las fuerzas de seguridad y, desde ahí, en un activo responsable de la represión en el Madrid de los primeros meses de la revolución. Curiosamente, sin embargo, y nunca se ha resaltado este aspecto, ese nauseabundo liderazgo no le privó de implicarse a fondo en salvar las vidas de algunos derechistas concretos en virtud de su proximidad vital y las raíces comunes que compartían en su patria chica. Todo ello antes de su famosa desertión del campo republicano para intentar llegar, con los bolsillos bien llenos, a un lugar seguro; objetivo que se vio truncado cuando la Policía franquista lo capturó echando abajo sus planes.

No menos interesante resulta la trayectoria biográfica de un personaje como Fernando de Rosa abordada en el capítulo sexto. Éste fue un socialista italiano que aterrizó en España en plena Segunda República, siendo bien recibido por sus homólogos autóctonos, que rápidamente le brindaron apoyo y le permitieron actuar dentro de la organización. De Rosa había vivido ya una intensa juventud, tras pasar de las filas fascistas a las del PSI, para terminar atentando contra el heredero a la Corona italiana y ser condenado por ello a cinco años de prisión en Bélgica. Ya en España se implicó de lleno en los preparativos para la insurrección armada de los socialistas en Madrid capital; implicación que de nuevo le condujo hasta la cárcel y le valió una condena en firme. No obstante, como tantos otros

protagonistas de acciones ilegales y violentas, quedó en libertad gracias a la amnistía aprobada tras el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936. Lejos de cualquier autocrítica, De Rosa volvió rápidamente a lo que mejor sabía hacer, esto es, las actividades de organización de una milicia juvenil armada, para acabar dirigiendo uno de los batallones «Octubre» durante la guerra y caer muerto en el frente.

El capítulo séptimo se dedica a la figura de Rafael Salazar Alonso, miembro del Partido Republicano Radical (PRR) de Alejandro Lerroux y uno de los más importantes titulares del Ministerio de la Gobernación en los decisivos meses previos a la revolución de octubre de 1934. Este estudio arroja luz sobre ese segmento del republicanismo pragmático y para entonces muy alejado de su antiguo radicalismo, sobre el que, salvo honrosas excepciones, la historiografía ha tendido a pasar de largo, como si la República de 1931 sólo encontrara su encarnación primigenia en lo que representaron Manuel Azaña y sus adláteres. Muy implicado en las políticas de orden público a su paso por el ministerio correspondiente, Salazar Alonso enseguida fue identificado por sus adversarios de la izquierda como uno de sus principales enemigos a batir, en tanto que impugnador consciente de sus aspiraciones revolucionarias, asimilándolo con las posiciones más duras de la extrema derecha. Ello da pistas sobre su trágico destino en el verano de 1936, a pesar de que no se encontraron pruebas de ningún tipo contra él que demostraran su complicidad directa en el golpe militar.

El último capítulo del libro recorre la significativa trayectoria de un líder agrario de segunda fila que llegó a la política tarde y a una edad avanzada, año y medio después de proclamada la República: Andrés Maroto Rodríguez de Vera. Encumbrado por sus andanzas en la importante movilización patronal que se fraguó entonces, apenas pasado un año fue elegido diputado por la coalición de derechas en las elecciones generales de noviembre de 1933. Tras obtener el acta, terminó por recalar en el Partido Agrario Español (PAE), la formación de centroderecha con la que se sintió más identificado. Como representante en Cortes y como líder patronal, acumuló vivencias intensas que culminaron en su trágico

final en septiembre de 1936. Las circunstancias que llevaron a su asesinato constituyen un ejemplo muy clarificador de las implicaciones, las claves y los protagonismos que conformaron la represión revolucionaria en la retaguardia republicana. Cuando entró en política en el otoño de 1932, Maroto difícilmente pudo imaginar cuál iba a ser apenas cuatro años después el desenlace de aquella decisión.